

I OY difícilmente encontramos —entre bastantes hombres socialmente situados— gente inconformista. Unas veces —como en la Alemania de hoy—, porque nadie está dispuesto a perder la comodidad material adquirida, jugándose a cara o cruz por algún valor superior. Otras, porque la tranquilidad satisface nuestros hábitos de gregaria rutina y preferimos egoístamente lo conocido a lo por conocer.

El riesgo está ausente de los cristianos. Nuestra sensibilidad está abotargada. Y a la juventud, que muestra —en forma un poco infantil— su inconformismo de melenas, bailes o atuendo chillón, la apartamos de nosotros con cierta pudibundez de puritanos.

Pero lo que se dice de la juventud, habrá, probablemente, que a cualquier nivel— dan muestras del mismo fenómeno de atonía conformista. El que accede a un puesto de mando —empresa, escuela, fábrica...— suele caer en una actitud «prudencialista», que mata toda arista —si alguna vez la tuvo—.

Bastantes eclesiásticos prefieren muchas veces esperar, antes que realizar ningún cambio renovador; el director en demasiadas ocasiones es un maestro de la cuerda floja, para mantener su equilibrio entre subordinados y capital; y algunos, que tienen más amplias y generales responsabilidades en el mundo civilizado, suelen mirar mucho más hacia arriba que hacia abajo.

Y, sin embargo, ése no es el modelo del cristiano.

Para encontrarlo hay que bucear en la historia y conocer —sin eufemismos ni plas atenuaciones— aquellas figuras que hoy pueden ser ilustrativas de nuestra conducta, porque los años han quitado de ellos la carga pasional del momento. Para eso, nadie mejor que Tomás Moro, el santo inglés que fue un inconformista jefe de gobierno, aunque la cosa parezca paradójica. Y por adoptar tal postura serena y valiente en lo religioso supo, desde el principio, vislumbrar el final que le esperaba: el martirio.

TOMAS Moro fue un padre de familia progresivo y acogedor, y un ciudadano muy parecido a nosotros. Educaba —cosa extraña en su tiempo— a sus hijas igual que a sus hijos, dándoles el mismo nivel cultural; y se encontró viviendo en una época de transformación de la sociedad, que —en cierto modo— tiene gran semejanza con la nuestra. Lo moderno irrumpía en el mundo de entonces: la ciencia, el arte, la cultura y la política empezaban a sacudir la modorra de siglos, en que había vivido nuestro mundo, inquietando a los hombres del siglo XVI.

De igual manera que en aquella época, hoy se producen nuevos cambios —la televisión, el cine, el automóvil, el avión, la lavadora y el frigorífico— y avances —la nueva lógica, la física cuántica, la energía atómica, el recorrido de los espacios interplanetarios, la música dodecafónica, o el «nouveau roman»— que requieren una adaptabilidad extrema en nosotros.

Fue Moro tan avanzado para su tiempo, que tuvo que describir la ciudad del futuro —en su famoso libro titulado *Utopía*— sin referirse a ningún país concreto ni grupo social o religioso determinado. Por eso lo llamó así, *Utopía*, que quiere decir, «en ningún lugar», y no, como algunos creen, «ideal inalcanzable».

Los hombres de hace cuatro siglos supieron, no obstante, sacar sus conclusiones. Las suficientes para sentirse alentados en una sincera reforma de las cosas de este mundo, inspirada en el cristianismo, sin evadirse a las nubes religiosas que eran opio del pueblo, sino «encarnadas» en los problemas de la época.

No es extraño, por eso, que este pequeño pero sustancioso libro, donde describe Moro la ciudad del futuro, fuese en aquellos años un «best-seller». Como lo debía ser hoy entre cristianos, si fuésemos un poco menos conformistas.

LO primero que vivió Moro, el culto canciller de Inglaterra, fue la necesidad de una sincera convivencia entre todos los hombres. Lo que se ha designado con el nombre de «pluralismo», a pesar de los estrechos marcos sociales y religiosos de aquella época, era algo que estaba en el fondo de aquella sociedad, pese a las apariencias de unidad exterior.

Políticamente, culturalmente y religiosamente había divisiones que inútilmente se las quería ahogar autoritativamente, porque los hombres convencidos no se transforman tan fácilmente por unos actos de restricción exterior.

«Utopía... cuando alcanzó la victoria —dice el libro— proclamó la libertad de que cada cual profesase la religión que decidiera; y, aunque se permite el proselitismo, es necesario proceder con moderación, suavidad y usando argumentos racionales; pero no se consiente destruir brutal ni violentamente la religión ajena... Porque la intolerancia, en las controversias religiosas, se castiga con destierro».

Como dice la escritora católica norteamericana Bárbara Ward, en su vida de Tomás Moro: «Los hombres de 1530 estaban tan preocupados por la división de la cristiandad en católicos y protestantes, como lo están ahora entre cristianos de todas las comuniones y el ateísmo marxista». La convivencia leal es un problema de todos los tiempos, queramos o no queramos, aunque las ideologías que lo cubren sean aparentemente distintas.

La implicación de «trono» y «altar» todavía perdura en países de cristiandad —ahora nos enteramos con asombro de los privilegios del catolicismo hasta en la liberal Bélgica—. Y esto es la confusión que ha conducido, sin remedio, a tantas discriminaciones que han opuesto a los hombres por la raza, la política o la religión. Tenemos que darnos cuenta que en Europa —Bélgica es el ejemplo— todavía estamos lejos de haber superado muchas veces la realidad de fondo, porque sólo hemos cambiado las etiquetas. En ese país liberal todavía puede oponerse —por poner un caso— el Gobierno a la creación de nuevas diócesis, y el clero está remunerado aún por el Estado.

L Rey Enrique VIII había concentrado en él el poder civil y religioso. Y eso le opuso a su canciller Moro, que realmente llevó —desde su jefatura de gobierno— a cabo «la lucha contra el poder totalitario del Estado» (B. Ward), lucha que culminó, por obra del Rey, con el gobierno despótico, desorden internacional y trastorno económico... durante los años de la cancellería de Moro; por eso la medida de su grandeza se advierte en el hecho de que él sólo, con un único obispo, entre todos los hombres destacados de su época... estuvo dispuesto a morir antes que someterse» (B. Ward).

Nadie, ni siquiera los mensajeros oficiales del cristianismo —los sucesores de los Apóstoles— están exentos de flaqueza y defección; porque frecuentemente los cristianos auténticos e independientes son los menos.

Así cuando «se le ordenó —a Moro— sellar con un juramento público su completa aceptación de la situación creada por el Rey, su negativa fue seguida de quince meses de prisión, sin juicio previo; y después de un remedo de juicio, absolutamente ilegal, se dictó sentencia de muerte, y ejecutado por traidor al Estado» (B. Ward). Un mártir no es una figura de pacotilla con una palma en la mano, y una corona en la cabeza, mirando a las nubes: es alguien que —de hecho— es acusado, como Cristo, de ambiciones temporales, creyendo, quienes se oponen, realizar una buena acción.

Su tiempo fue de aparente tranquilidad civil y religiosa, pero él no se engañaba; y cuando una vez fue alabada la época por su yerno Roper, sir Tomás Moro, sin hacerse ilusiones por la falsa realidad que brillaba en la superficie, le contestó: «Pido a Dios que ninguno de nosotros, a pesar de lo alto que nos sentamos sobre las montañas pisoteando herejes, como si fueran hormigas, llegue a vivir el día que, con ganas, desearíamos estar unidos y de acuerdo con ellos apresurándonos a dejarles tranquilamente sus iglesias, porque necesitamos que ellos nos dejen las nuestras sin inconvenientes». La ley de la reciprocidad —esa diosa Némesis, que todo lo equi-

CATOLICOS INCONFORMISTAS

Por ENRIQUE MIRET MAGDALENA

libra— exige siempre de la historia que quien se aprovecha injustamente de un privilegio, tenga que pasar por la misma circunstancia penosa que hizo padecer al adversario, una vez cambiadas las tornas. Y a eso estamos todos abocados, porque siempre caemos en la tentación de creernos orgullosos detentadores de la verdad como individuos, asociación o grupo, olvidando que la verdad es alcanzada con la colaboración de todo hombre de buena voluntad.

COLET —el déan de la catedral de San Pablo, en Londres—, tan amigo de Tomás Moro, afirmaba en un sermón público: «También nos aquejan los herejes...; pero sus herejías no son más pestilentes ni más perniciosas para nosotros, y para el pueblo, que la vida depravada y perversa de los sacerdotes que, de hacer caso a San Bernardo, resulta ser la principal y más peligrosa especie de herejía».

Por eso «esta reforma y restauración de las condiciones de la Iglesia —seguida diciendo Colet— ha de comenzarse entre vosotros —se dirigía a los obispos, abades y priores allí presentes— y continuarlas vuestro clero... A vosotros —dirigentes espirituales— volvemos nuestra mirada, como a la señal que debía marcar nuestra ruta... Por eso, si pretendéis valorar y examinar nuestras pajas, quitad antes las vigas de vuestros ojos».

El diálogo amonestador era —como se ve— moneda corriente en aquella Iglesia valiente y sincera, a pesar de los graves defectos y fallos de sus componentes.

En lo religioso a nadie le daban prendas de franqueza, como le pasaba a Moro. Un día le aborrdaron un fraile y un párroco: discutían —como podría hacerlo cualquier pio de hoy— si uno que rezase el oficio de la Virgen podría condenarse. Moro, por toda contestación, soltó la risa, por «la disparatada pregunta», como él mismo cuenta. Pero como el fraile insistió, alegando los muchos milagros que avalaban su postura, le replicó que «en todo su razonamiento no había nada que fuese capaz de convencer a quienes no admitieran la verdad de unos milagros que, por otro lado, podían negarse, sin por eso creer que se abandonaba la fe cristiana». La salvación no se centra en pequeñas prácticas, ni se demuestra con dudosos prodigios aceptados sin crítica científica, sólo se alcanza por el amor a los demás,

manifestado en intentar resolver los problemas agudos que inquietan a los hombres o amenazan sus vidas, como la escasez de viviendas, el hambre, la falta de paz o el egoísmo envilecedor de nuestra civilización occidental.

Nos parece escuchar —en estas palabras— una conversación **integrista** de nuestro tiempo, y la inteligente contestación de un católico de esos que se llaman **progresistas**.

De la misma manera recalca también algo muy actual: el afán equivocado de colocar los creyentes toda suerte de barreras, rutinas y cortapisas externas, olvidando que lo principal es lo de dentro, y no lo de fuera. Quienes hoy se oponen al cambio de la sotana en el clero, y son, en cambio, excesivamente complacientes con ciertas debilidades que escandalizan al pueblo —en ceremonias, género de vida, acumulación de cargos remunerados...—, debían meditar las siguientes palabras del canciller inglés: «Hay algunos que temen que el mismo demonio les va a arrebatar en vida si introducen algún cambio en sus hábitos; y, sin embargo, no dudan en amontonar dinero... Matando así un mosquito y engullendo todo un elefante».

L Papado, en los tiempos de Moro, se estaba convirtiendo en una fuerza bastante dudosa...; Pontífices belicosos animaban a Enrique VIII a provocar guerras, so pretexto de defender los derechos papales, dice Bárbara Ward. Y la misma ambigüedad que se apreciaba en la política guerrera de Enrique VIII, ocurría en sus falsas reformas económicas. Igual que hoy se nos mantiene, en Occidente, en plena guerra de nervios, en vez de buscar la distensión que quería Juan XXIII; o se desprecian los valores humanos, tras unas pretendidas reformas económico-sociales que hoy —como en tiempo de Moro— resultan «una conspiración de los hombres adinerados, que procuran sus propias conveniencias bajo el nombre y título de la *Commonwealth*», o de cualquier otro ídolo ocultador del egoísmo de los aburguesados de cualquier país.

La religión no podía ser entonces —para un auténtico cristiano— un escape elegante que le hiciera olvidar tal situación. Como no lo puede ser tampoco hoy. Para Moro, como para nosotros, estas cuestiones humanas, «son las nuestras»; o sea, los problemas relativos a la libertad, al respeto de la ley justa, el problema del totalitarismo, de la honestidad en la política exterior y su unidad, y la justicia y la fraternidad en la vida económica» (idem).

Por eso fue Moro un ferviente partidario de la **socialización**. No creía en los pequeños arreglos bienintencionados de los responsables de las finanzas o de la economía. Quería una nueva ordenación de la riqueza, que estuviera repartida de tal modo que todos participasen en una marcha común de la sociedad. Hoy debían hacer un esfuerzo por pensar que, en la mente de muchos cristianos, estaba esta idea unida —como lo estuvo en los Santos Padres de los primeros siglos, San Ambrosio, San Juan Crisóstomo y San Basilio— a la implantación de un verdadero cristianismo. La Iglesia no sólo no ha condenado esta **socialización sana** —como vemos por el Concilio—, sino que «Tomás Moro ha propuesto un sistema comunitario que no es ateo, y eso no es obstáculo para que la Iglesia lo lleve a los altares» («El Grano de Mostaza», ediciones Fe Católica, Madrid).

Nunca se hizo ilusiones tampoco Moro con las alabanzas de los poderosos, porque sabía que su conveniencia personal les llevaba frecuentemente a hacer caso omiso de la justicia. Pensaba del Rey que, a pesar del favor real de que gozaba, así mi cabeza —leía— pudiera valerle un castillo en Francia, no dejaría yo de caer.

L final de su vida no es sino la consecuencia obligada de toda su conducta anterior y de los criterios personales que tenía.

Para él —igual que para todos los grandes teólogos, como el actual consejero del Papa, P. Haering— «una orden no puede ser moralmente justa, si no se apoya en la conciencia» («El cristiano y la autoridad», 1963). Porque «la conciencia es como la estrella polar que debemos seguir, siempre y en toda circunstancia» (idem).

Cuando se planteó el problema del divorcio que quería el Rey se le concediera, y se discutía si era Roma o Inglaterra quien tenía autoridad espiritual para anular el matrimonio real, Moro no miró sólo a sus inmediatos superiores eclesiásticos, sino que estudió la doctrina de base y llegó a conclusiones personales que no coincidían con lo que le señalaban sus obispos.

Confiesa lealmente Moro que esto no lo hizo a la ligera, sino que sufrió un largo proceso su pensamiento. Al principio creía de buena fe —como sus obispos— que la Santa Sede no tenía poder para ello. «Durante un cierto tiempo —confiesa— no opinaba que la Sede Romana fuese de institución divina». Creía que el Papado era una institución humanamente necesaria; pero que no había sido establecida directamente por el fundador del cristianismo. Como también lo pensaron, después de él, algunos teólogos y obispos hasta llegar al Concilio VATICANO I, en que el obispo Dupanloup —con otros varios— se resistió —a pesar de su respeto por el Papado— a ver en él una institución divina.

Hay que pensar que hacia falta una buena dosis de valentía en el siglo XVI, para oponerse serena y pacíficamente al conformismo de altos y bajos, en nombre de los principios cristianos, cuando la Jerarquía propia —y la Iglesia universal— no veía clara esa postura. Pero era la propia conciencia del canciller quien se lo decía; y, por eso, llegó a arrostrar la muerte, sin hacer de ello una tragedia. Hasta el último momento conservó su humor diciéndole al verdugo —que temblaba al tener que ejecutar al propio jefe del Gobierno inglés—: «No pierdas tu maestría, y tu serenidad; ten cuidado al cortarme la cabeza, porque tengo el cuello demasiado corto; y, sobre todo, sujétame la barba, no me la vayas a cortar».

Aí deben ser los cristianos: una viviente paradoja que les haga los más inconformistas, por ser los más obedientes. Pero obedientes no a los hombres, sino a la conciencia. Porque «la obediencia incondicional —dice el P. Haering— no es la obediencia de una conciencia cristiana». El cristiano es inconformista, pero no rebelde en forma puramente negativa.

**NADIE SE DARÁ CUENTA DE QUE LO USA...
PERO PUEDE QUE LO NOTEN SI NO LO USA.**



Yaron Dandy

DESODORANTE

- Acción duradera
- Produce un frescor y perfume agradable
- PUEDE APLICARSE A CUALQUIER PARTE DEL CUERPO



en SOLIDO y en SPRAY

PARERA